

el recinto de Granada bajo la proteccion del generoso Alhamar, los cristianos entraban en procesion solemne en la insigne ciudad de S. Leandro y de S. Isidoro, mas de 500 años hacia ocupada por los hijos de Mahoma. Sublime y grandioso espectáculo seria el de esta ostentosa entrada. Era el 22 de diciembre. Delante iban los caballeros de las órdenes militares con sus estandartes desplegados, presididos por sus grandes maestros don Pelayo Perez Correa de Santiago, don Fernando Ordoñez de Calatrava, don Pedro Yañez de Alcántara, don Fernando Ruiz de San Juan, y don Gomez Ramirez del Templo. A la cabeza de los seglares el clero presidido por los obispos de Jaen, de Córdoba, de Cuenca, de Segovia, de Avila, de Astorga, de Cartagena, de Palencia y de Coria. Seguía un magnífico carro triunfal, en cuya parte superior se veía la imagen de Nuestra Señora, como queriendo mostrar el vencedor que era á la Reina del cielo á quien debia sus triunfos. A los lados del carro sagrado marchaban, el rey don Fernando llevando la espada desnuda; su esposa la reina doña Juana; los infantes don Alfonso, don Fadrique, don Enrique, don Sancho y don Manuel, hijos del rey; el príncipe don Alfonso de Molina su hermano; el infante don Pedro de Portugal; el hijo del rey don Jaime de Aragon y el del rey moro que fué de Baeza, y Uberto sobrino del pontífice Inocencio IV. Seguíanlos don Diego Lopez de Haro, duodécimo señor de Vizcaya, y los ricos-hombres, caballeros y nobles de Leon y de Castilla, cerrando la marcha las victoriosas tropas y los soldados de los concejos con sus respectivas banderas y variados pendones.

Purificada la mezquita mayor por el arzobispo electo de Toledo don Gutierre; celebrada por él la primera misa en aquel mismo carro triunfal, artificioosamente dispuesto para que sirviese de altar portátil, y enarbolado en la mas alta torre el estandarte real con la cruz, pasó el rey á tomar posesion del alcázar y á proveer al gobierno de la ciudad y reino conquistado. Restableció la antigua iglesia metropolitana, nombrando por primer arzobispo al prelado de Segovia don Ramon de Lozana, si bien haciendo procurador de la metrópoli y como arzobispo de honor á su hijo el infante don Felipe; estableció un cabildo eclesiástico y dotó la iglesia con ricos heredamientos (1). Repartió las tierras y casas de los musulmanes entre los que mas habian ayudado á la conquista: llamó pobladores, que de todas partes acudieron á la fama de la grandeza de la ciudad y de la fertilidad y abundancia de su suelo; dióles franquicias y libertades, otorgándoles el fuero de Toledo; creó para el gobierno de la ciudad un cuerpo decurial para sentenciar los juicios, y finalmente nada descurrió de cuanto podia contribuir á dejar establecido un orden de gobernacion tal como le requería tan insigne ciudad (2).

Así acabó el imperio de los Almohades en Andalucía. «Despidióse Ben Alhamar de Granada, dice su crónica, del rey Ferdeland, y tornóse mas triste que satisfecho de los triunfos de los cristianos, que bien conocía que su engrandecimiento y prosperidades producirían al fin la ruina de los musulmanes, y solo se consolaba con esperanzas que su imaginacion le ofrecía, de que tal vez tanto poder y grandeza mudando de señor se arruinaría y caería de su propio peso, confiando en que Dios no desampara á los suyos (3).» «De cuantos musulmanes, dice Almakari, deploraron los desastres de su patria, nadie prorumpió en acentos mas nobles y tiernos que Abul Béka Selah el de Ronda.» En un poema elegíaco que dedicó á la pérdida de Sevilla se leían estos patéticos y filosóficos pensamientos:

«Todo lo que se eleva á su mayor altura comienza á decli-

(1) «Este noble rey don Fernando (dice la Crónica) estableció calongas é dignidades muy honradas á honra de la Virgen Nuestra Señora Santa María, cuyo nombre la Santa Iglesia tiene. Dotóla de muy ricos heredamientos de villas y lugares muy ricos y otras muchas y grandes riquezas.» Cap. 74.

(2) Como en otro lugar habremos de considerar á Fernando III como legislador, no nos detenemos ahora á individualizar mas el gobierno que puso en Sevilla.

(3) Conde, p. IV, c. 6.

nar. ¡Oh hombre, no te dejes seducir por los encantos de la vida!..

»Las cosas humanas sufren continuas revoluciones y trastornos. Si la fortuna te sonríe en un tiempo, en otro te afirá....—¿Dónde están los monarcas poderosos del Yemen? ¿Dónde sus coronas y sus diademas?...—Reyes y reinos han sido como vanas sombras que soñando ve el hombre....—La fortuna se volvió contra Darío, y Darío cayó: se dirigió hácia Cosroes y su palacio le negó un asilo.—¿Hay obstáculo para la fortuna? ¿No pasó el reino de Salomon?...

»No hay consuelo para la desgracia que acaba de sufrir el islamismo.—Un golpe horrible, irremediable, ha herido de muerte la España: ha resonado hasta en la Arabia, y el monte Ohod y el monte Thalan se han conmovido.—España ha sido herida en el islamismo, y tanta ha sido su pesadumbre que sus provincias y sus ciudades han quedado desiertas.—Preguntad ahora por Valencia: ¿qué ha sido de Murcia? ¿Qué se ha hecho de Játiva? ¿Dónde hallaremos á Jaen?—¿Dónde está Córdoba, la mansion de los talentos? ¿Qué ha sido de tantos sabios como brillaron en ella?—¿Dónde está Sevilla con sus delicias? ¿Dónde su río de puras, abundantes y deleitosas aguas?—¿Ciudades soberbias!... ¿Cómo se sostendrán las provincias, si vosotras, que erais su fundamento, habeis caído?—Al modo que un amante llora la ausencia de su amada, así llora el islamismo desconsolado....—Nuestras mezquitas se han trasformado en iglesias, y solo se ven en ellas cruces y campanas.—Nuestros almimbares y santuarios, aunque de duro é insensible leño, se cubren de lágrimas, y lamentan nuestro infortunio.—Tú que vives en la indolencia.... tú te paseas satisfecho y sin cuidados: tu patria te ofrece encanto: ¿pero puede haber patria para el hombre despues de haber perdido Sevilla?—Esta postrera calamidad hace olvidar todas las otras, y el tiempo no bastará á borrar su memoria.—¡Oh vosotros, los que montais ligeros y ardientes corceles, que vuelan como águilas en los campos en que el acero ejerce sus furores:—Vosotros, los que empuñais las espadas de la India, brillantes como el fuego en medio de los negros torbellinos de polvo:—Vosotros que del otro lado del mar veis correr vuestros dias tranquilos y serenos, y gozais en vuestras moradas de gloria y de poder: ¿no han llegado á vosotros nuevas de los habitantes de España? Pues mensajeros os han sido enviados para informaros de sus padecimientos.—Ellos imploran incesantemente vuestro socorro, y sin embargo se los mata y se los cautiva. ¿Qué? ¿No hay un solo hombre que se levante á defenderlos?... ¿No se alzarán en medio de vosotros algunas almas fuertes, generosas é intrépidas? ¿No vendrán guerreros á socorrer y vengar la religion?—Cubiertos de ignominia han quedado los habitantes de España: de España, que era poco há un Estado floreciente y glorioso.—Ayer eran reyes en sus viviendas, y hoy son esclavos en el país de la incredulidad.—¡Ah! si tú hubieras visto correr sus lágrimas en el momento en que han sido vencidos, el espectáculo te hubiera penetrado de dolor, y hubieras perdido el juicio....—Y estas hermosas jóvenes tan bellas como el sol cuando nace vertiendo corales y rubíes:—¡Oh dolor! el bárbaro las arrastra para condenarlas á humillantes oficios; bañados están de llanto sus ojos y turbados sus sentidos.—¡Ah! que este horrible cuadro desgarré de dolor nuestros corazones, si todavía hay en ellos un resto de islamismo y de fe...!!»

Conquistada Sevilla, ganada la reina del Guadalquivir, fácil era prever que no habria de tardar en someterse toda la tierra de Andalucía. Ni el genio activo de Fernando le permitía darse mas reposo que el necesario para dotar del competente gobierno á los nuevos pobladores de la ciudad conquistada. Así, emprendiendo de nuevo la campaña, en poco tiempo se rindieron á las armas del monarca triunfador Sanlúcar, Rota, Jerez, Cádiz, Medina, Arcos, Lebrija, el Puerto de Santa María, y en general «todo lo que es faz de la mar acá de aquella comarca.» Las crónicas no expresan ni los capitanes que mandaron estas expediciones ni las ciudades que opusieron resistencia, como si con el silencio hubieran querido significar la rapidez de estas conquistas, ó que se miraban como natural consecuencia de la rendicion de Sevilla. Solo nos dicen que las unas «ganó por combatimientos, las otras

RESTOS Y OBJETOS DE D. FERNANDO III EL SANTO

En la magnífica y suntuosa catedral de Sevilla se conservan con religiosa veneracion varios recuerdos del célebre monarca que llevó á cabo la conquista de la ciudad. Figuran como es natural en primer lugar los restos mortales del famoso conquistador que descansan incorruptos en una urna colocada en la capilla real de la catedral mencionada. Esta urna es de plata, oro, bronce y cristales, guardando en su construccion el orden plateresco, con adornos y relieves alusivos á la historia del personaje cuyo cadáver encierra, y está colocada sobre un zócalo de jaspe con varios tarjetones de bronce con guarnicion de plata y en ellos diversas inscripciones relativas á la vida, muerte y canonizacion del Santo Rey. Hasta principios del siglo anterior se conservó el cuerpo de San Fernando en otro sepulcro situado en la misma capilla, mas en dicha época fué trasladado con toda reverencia á la referida urna, costeada por Felipe V.

Junto al altar de esta capilla hay dos puertas que dan paso al panteon situado debajo del presbiterio y en él se ve otro altar en el que se venera una imagen de Nuestra Señora con el título de la *Virgen de las Batallas*, que á su interés artístico reúne el histórico por haber pertenecido al Santo Rey Don Fernando y haber sido su compañera inseparable en cuantas batallas se encontró tan formidable guerrero, á cuya circunstancia debe el nombre con que generalmente se la designa. La escultura es de marfil trabajado con delicadeza. La Virgen está sentada en un trono ó sitial ochavado, y tiene 43 centímetros de altura: está muy bien conservada y solo es de época posterior el brazo derecho: el marfil ha tomado con el trascurso del tiempo un color amarillento, y aparece lleno de millares de grietas, de modo que á primera vista parece, no marfil, sino madera de numerosas vetas. Tanto la Virgen como el Niño llevan coronas de plata sobredorada, y en la imagen se observa un taladro cuadrangular que la atraviesa el pecho y en el cual entraba el perno que, fijo en el arzon de la silla, sujetaba la escultura. Finalmente, los ojos, la boca y el cabello de esta imagen están pintados, pero con poco tino, haciéndola perder la dulce expresion de su rostro.

En la misma capilla real se custodia asimismo la espada que ceñía San Fernando el dia que entró en Sevilla: esta espada, que perteneció al conde de Castilla Fernan Gonzalez, se hallaba en el monasterio de Cardeña de donde la tomó el Conquistador, y desde el año 1254 se saca en procesion el dia de San Clemente, en la fiesta aniversario que dotó al efecto Don Alonso el Sabio.

En el oratorio del centro de la Sala capitular de la misma catedral y sobre su altar mayor existe un Relicario en el cual se guardan, entre otras joyas y preciados objetos, las llaves que el moro Axataf entregó al Santo Rey en demostracion de ser las de la ciudad. Una de ellas es de plata y de otros metales y la otra de hierro, procedente, segun se dice, de los judíos de la grande Aljama de Sevilla, aunque parece lo mas probable que fuese esta la entregada por Axataf, pues en los caracteres arábigos que forman sus guardas se lee esta inscripcion: *Permíta Alá que dure eternamente el imperio del Islam en esta ciudad*. En las guardas de la otra llave se lee: *Dios abrirá rey entrará*.

En el mismo Relicario se conserva la taza de cristal de roca que usaba el rey para beber: es un objeto curioso é interesante por contener inscripciones que revelan la piedad de aquel gran monarca y por manifestar al mismo tiempo el estado á que habian llegado las artes en aquella época. Su guarnicion es de plata sobredorada, graciosamente adornada de labores, y en el borde exterior se lee lo siguiente, inscrito en caracteres góticos: *Dominus meus, Dominus mihi adjutor, et non timebo quid faciat mihi omo et ego despiciam inimicos meos*. En el centro: *Dominus mi est autor et unus*.

Por último, otro de los objetos que llaman con justicia la atencion en la catedral de Sevilla es la bellísima corona de la Virgen de los Reyes que, segun la tradicion, fué la misma con que se coronó Fernando III en Leon, aunque algunos autores suponen que se la regaló á la Santa imagen D.^a Berenguela, madre del Conquistador. La exacta reproduccion de dicha corona, que figura en la lámina adjunta, nos exime de hacer una descripcion detallada de la misma.



M. Pujadas Lit.

Montaner e Simon Eds.

RESTOS Y OBJETOS DE DON FERNANDO III EL SANTO
(conservados en la catedral de Sevilla)

- 1 Cuerpo y urna del Santo Rey. - 2 Virgen de marfil llamada de las Batallas por llevarla en ellas San Fernando en el arzon de la silla.
- 3 Taza de cristal de roca usada por dicho monarca.
- 4 Corona de la Virgen de los Reyes regalada a la misma por San Fernando ó por su madre D^a Berenguela.
- 5 Llaves que le fueron entregadas por los moros al tomar á Sevilla. - 6 Espada de San Fernando.

CAPÍTULO XV

Jaime I (el Conquistador) en Aragón

DE 1214 Á 1253

Principio del reinado de don Jaime.—Cómo salió del castillo de Monzon.—Bandos y revueltas en el reino.—Casa con doña Leonor de Castilla.—Rebeliones é insolencia de los ricos-hombres.—Apuros de don Jaime en sus tiernos años.—Resolución y anticipada prudencia del jóven rey.—Situación lastimosa del reino.—Vánsele sometiendo los infantes sus tios: ríndele obediencia los ricos-hombres: paz y sosiego interior.—Resuelve la conquista de Mallorca.—Córtes de Barcelona: prelados y ricos-hombres que se ofrecen á la expedición: preparativos: armada de 155 naves: dáse á la vela en Salou.—Borrasca en el mar: serenidad del rey: arribo á la isla.—Primeros choques con los moros: triunfo de los catalanes.—Sitio y rendición de la ciudad de Mallorca: prision del rey musulmán: repartición de tierras entre los conquistadores.—Vuelve don Jaime á Aragón: alianza y pacto mutuo de sucesión con el rey de Navarra.—Reembárcase el rey para las Baleares: conquista de Menorca: conquista de Ibiza.—Regresa don Jaime á Aragón.—Resuelve la conquista de Valencia.—Sitia y toma á Burriana.—Carácter y teson del rey.—Entrega de Peñíscola y otras plazas.—Muerte de Sancho el Fuerte de Navarra: suédele Teobaldo I: conducta de don Jaime en este asunto.—Segundas nupcias del rey con doña Violante de Hungría.—Prosigue la conquista: el Puig de Cebolla: firmeza del rey.—Sitio y ataque de Valencia: peligros y serenidad de don Jaime.—Entrégala el rey Ben Zeyan: condiciones de la rendición: entrada triunfal del ejército cristiano en Valencia.—Córtes de Daroca: divide don Jaime el reino entre sus hijos.—Diferencias con el infante don Alfonso de Castilla: su término: escisiones entre el rey de Aragón y su hijo.—Resistencia de Játiva: se rinde.—Completa don Jaime la conquista del reino de Valencia.

Al mismo tiempo que el tercer Fernando de Castilla y de Leon ganaba tan importantes y decisivos triunfos sobre los sarracenos en el Mediodía de España, tomándoles las mas populosas y fuertes ciudades y obligándolos á buscar un asilo en los climas africanos ó á guarecerse como en un postrer refugio dentro de los muros de Granada, las armas aragonesas conducidas por el jóven y valeroso príncipe don Jaime I alcanzaban no menos señaladas y gloriosas victorias sobre los moros de Levante, y arrancando de su poder las mas opulentas ciudades del reino valenciano y lanzándolos de aquel bello suelo, ensanchábase Aragón al propio tiempo que crecía Castilla, y engrandeciéndose simultáneamente ambos reinos recobraban sus dos esclarecidos príncipes, Jaime y Fernando, á España y á la cristiandad las dos mas bellas y feraces porciones del territorio español, Valencia y Andalucía.

Destinado don Jaime I de Aragón á ser uno de los soberanos mas ilustres, mas grandes, mas gloriosos de la Edad media, así como á alcanzar uno de los mas largos reinados que mencionan las historias, todo fué extraordinario y maravilloso en este príncipe, comenzando por las extrañas y singulares circunstancias de su concepción y de su nacimiento (4). Entregado el tierno hijo de Pedro II de Aragón y de María de Mompeller á la guarda y tutela del matador de su padre, el conde de Montfort; sacado de su poder por reclamaciones de los barones aragoneses y por mandato del pontífice Inocencio III; llevado á Aragón á la edad de poco mas de seis años; jurado rey en las córtes de Lérida por aragoneses y catalanes (1214); encerrado en el castillo de Monzon con el conde de Provenza su primo bajo la custodia del maestre del Templo don Guillen de Monredon; pretendido el reino por sus dos tíos don Sancho y don Fernando, y dividido el Estado en bandos y parcialidades; estragada y alterada la tierra; consumido el patrimonio real por los dispendios de su padre el rey don Pedro; empeñadas las rentas de la corona en poder de judíos y de moros, y careciendo el tierno monarca hasta de lo necesario para sustentarse y subsistir, pocas veces una monarquía se ha encontrado en situación mas penosa y triste que la que entonces affigia al doble reino de Aragón y Cataluña. Y sin embargo bajo aquel tierno príncipe, huérfano, encerrado y pobre, el reino aragonés habia de hacerse grande, poderoso,

por pleytesías que le trajeron.» De todos modos, pequeñas empresas eran ya estas para quien acababa de dar cima á otras mas difíciles y gloriosas, y para quien abrigaba el pensamiento de llevar la guerra á las playas africanas y de combatir allí á los enemigos de la fe. Arrojado y aun temerario hubiera parecido este designio en otro que no hubiera sido el tercer Fernando de Castilla. Pero ni nada arredraba al vencedor de Sevilla, de Córdoba y de Jaen, ni habia empresa imposible para quien tenia tanta y tan pura confianza en Dios, en su espada y en el valor de sus soldados. Ya el almirante don Ramon Bonifaz tenia de órden del rey aparejada su flota victoriosa, ya el ejército se disponia á ganar nuevos triunfos del otro lado del mar, ya en Africa se habia difundido la terrible voz de que el poderoso Fernando de Castilla iba á pasar las aguas que dividen los dos continentes, ya el pavor tenia consternados á los moros, y el rey de Fez combatido por los Beni-Merines habia entablado negociaciones de amistad con el monarca castellano, cuando vino á frustrar todos los proyectos y á desvanecer todas las esperanzas el mas triste acontecimiento que se pudiera discurrir, la muerte del soberano, que en este tiempo quiso Dios pagase el fatal tributo que pesa sobre la humanidad.

Si gloriosa habia sido la vida del hijo ilustre de doña Berenguela, no fué ni menos gloriosa ni menos admirable su muerte.

Atacado de penosa enfermedad en Sevilla, cesó el guerrero, el triunfador, el conquistador insigne, y comenzó el hombre devoto, el piadoso monarca, el héroe cristiano. Cuando vió al obispo de Segovia acercarse á su alcoba llevando en sus manos la hostia sagrada, arrojóse el rey del lecho del dolor en que yacia, postróse en el suelo ante la majestad divina, y con una humilde sogá al cuello tomando con sus trémulas manos el signo de nuestra redención y haciendo una fervorosa protestación de fe, recibió con avidez el santo viático: despues de lo cual, mandando que apartasen de su cuerpo y de su vista toda ostentación ó signo de majestad, pronunció aquellas edificantes palabras: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo he de volver al seno de la tierra.»

Rodeáronle en el lecho mortuario sus hijos don Alfonso, don Fadrique, don Enrique, don Felipe y don Manuel, habidos de su primera esposa doña Beatriz (1); don Fernando, doña Leonor y don Luis, hijos de doña Juana. Hallábase también esta señora vertiendo copioso llanto á la cabecera del lecho de su moribundo esposo. A todos les dió el rey su bendición; y despues de dirigir á su primogénito y sucesor don Alfonso un tierno razonamiento lleno de piadosas máximas y de saludables lecciones para el gobierno del reino que estaba llamado á regir, despidió á toda su amada familia, y quedando solo con el arzobispo y el clero pidió una candelá, tomóla en su mano, ordenó que entonasen el *Te Deum laudamus*, como quien iba á gozar del mayor de los triunfos, y entre los cantos sagrados de los sacerdotes entregó su alma al Redentor el mayor monarca que hasta entonces habia tenido Castilla, el juéves 30 de mayo de 1252, á los 54 años no cumplidos de edad, á los 35 y 11 meses de su reinado en Castilla, y á los 22 de haber ceñido la corona de Leon.

Tal fué el glorioso tránsito del tercer Fernando de Castilla, á quien la Iglesia en razon de sus excelsas virtudes colocó despues en el catálogo de los mas ilustres santos españoles (2). Lloróse su muerte en todo el reino como la de un padre.

Al dia siguiente fué aclamado y reconocido su hijo don Alfonso X (3).

(1) Don Sancho no se hallaba allí, sino en Toledo, de donde era arzobispo electo, como don Felipe lo era de Sevilla.

(2) Aunque la santidad de este rey era públicamente reconocida y aun se le daba culto como á santo, no fué solemnemente canonizado hasta 1671 por el papa Clemente X.

(3) Cron. del santo rey, caps. 76 á 78.—Memorias para la vida de San Fernando, part. I, caps. 73 y 74.

(4) Véase lo que sobre esto dijimos en el capítulo 13 del presente libro.